

El estallido cultural

La palabra cultura lleva implícitos varios significados e intenciones. Hay una cultura para los ya cultos, una cultura para el pueblo, una cultura del pueblo.

Queremos, en primer término, ocuparnos de la cultura como el proyecto que una comunidad elige y va cumpliendo en función de su peculiaridad y su futuro.

El diccionario autoriza esta interpretación *sui generis*: “Cultura. f. Cultivo. Mejoramiento de las facultades físicas, intelectuales y morales del hombre. Resultado de ese mejoramiento en el individuo y la sociedad”.

Nuestro pueblo, a partir del 27 de noviembre de 1983 empezó a expresar a la luz del día toda una voluntad de rehabilitación, como si el tiempo que advenía fuera un período de convalecencia en el que urgía restaurar al cuerpo social de todas sus heridas y atrofas. Un país que emerge de un interregno duro y oscurantista como el que vivimos, tiene que prepararse para la libertad porque, aunque ella sea un instinto que no se pierde y un sabor que no se olvida, la opresión siempre deja secuelas. Si nadie había olvidado el derecho y el arte de ser libre, fue necesario tener alerta el sentido para detectar todos los rastros y restos de autoritarismo. En todas las manifestaciones de la cultura se abrieron las compuertas cerradas por la censura. En cambio, aquellos que habían vaticinado un “destape” a la española no han podido verificar nada más que la existencia de alguna que otra sala de microcine dedicada al cine porno y al parecer la aparición de dos revistas dedicadas al humor verde. Otra forma de reacondicionamiento y mejoramiento

de la salud colectiva es la internalización de la noción de futuro. Cuando un gobierno tiránico le proyecta todo al pueblo –economía, ideología, planes de estudio, monumentos, ética– elimina la idea más potencialmente peligrosa: la idea del mañana.

La colectividad reasume su futuro junto con la potestad de elegir un gobierno democrático. El futuro es un tiempo de hacer, de crear, de decir en libertad. Este ha sido un año de urgencia, fervor, de estallido cultural que buscó crear espacios y ocasiones que la dictadura había clausurado o impedido.

Para cuantificar la potencia de esta voluntad de recobrar y de inventar, elijamos dos rubros: el editorial y el teatral.

Arca lanzó veintidós ediciones. Banda Oriental, setenta y dos. En el orden teatral se montaron cincuenta y siete espectáculos de variado mérito y magnitud. Si se piensa en el número de personas que se involucran en estas actividades y la dedicación y tiempo que insumen, se tendrá una idea aproximada al ajetreo de una colmena que fabrica más miel de la que se puede consumir. Si sumamos los muchos coloquios, congresos, simposios y conmemoraciones que eligieron nuestro país como sede, amén de las veintidós compañías teatrales que nos visitaron, quedará justificado el calificativo de estallido que adjudicamos al trasiego cultural que intentó recuperar en éste el tiempo perdido en doce años.

La vuelta al pago

Para hablar de cultura hay que hablar de exilio y desexilio. El ostracismo de muchos de nuestros mejores escritores, músicos y pintores, quebró la línea de continuidad que vertebra toda cultura. La interrelación generacional, las obras puestas a consideración de los cofrades, incluso las rencillas y rivalidades entre los cenáculos y capillas, van creando un ámbito fértil para la creación.

La vuelta al pago de nuestros creadores, el conocimiento de lo que hicieron en el extranjero, la incorporación de las técnicas y perspectivas que adquirieron a aquellos que estuvimos aplicando aquí, en esta especie de estado de sitio cultural que sobrellevamos, son algunos de los procesos no explícitos que van amalgamando la cultura de los próximos años. No se trata de una vuelta al pasado para reanudar el camino que se vislumbra en 1973, porque “nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”; porque el país no es el mismo; porque el proyecto no es el mismo. Tampoco se trata de borrar y cuenta nueva. Habrá que revisar con paciencia las raíces, desbrozando las ramazones polémicas que interpusieron los miembros de una generación hipercrítica como lo fue la llamada generación del 45.

Sí, tal vez sea una sabia actitud lenitiva volver los ojos hacia las décadas de los veinte y los treinta, con sus serenas y fecundas pléyades de poetas, pintores y músicos, mientras nos tomamos tiempo para definir el diseño de la generación del año 2000 que por ahora está en las aulas de la Enseñanza Media.

El proceso que va llevando nuestra cultura en esa búsqueda de salud colectiva, se juega en un difícil equilibrio entre el pasado y el futuro.

Los daños que otros infligieron deben ser reparados hoy. Ha habido una feliz coincidencia entre lo que el pueblo esperaba en ese sentido y lo que las autoridades dispusieron. Citemos dos ejemplos. El primero es la restitución del Premio Nacional de Literatura de 1982 a su dueño, el escritor Ildefonso Pereda Valdés. El otro es el otorgamiento del Premio Nacional de 1985 a Juan Carlos Onetti que permanece en su voluntario exilio de España. Ambos escritores, que no pudieron ser alcanzados por el agravio, fueron sí, la ocasión para que se pusiera de manifiesto la torpeza de los represores ignorantes y la cobardía de los jurados serviles. La Ministro de Cultura y el Presidente Sanguinetti interpretaron con prontitud la voluntad del pueblo al resarcir a los dos artistas de los daños que hubieron de padecer.

Para cerrar la lista de ejemplos que hablan de este año como de un momento en que se articulan el ayer con el mañana, debemos mencionar un acontecimiento que no por ser de la casa podemos omitir: la aparición de *Brecha*, ¿vino nuevo en odre viejo... o vino viejo en odre nuevo? ¿Vieja raíz, follaje nuevo? La metáfora realmente no importa. *Brecha* es una hermosa carga de pasado tensado hacia el porvenir que estamos preparando. Fue acontecimiento y es justo decirlo.

Feria sin presos y con repatriados

Este año tuvimos en setiembre la Octava Feria Internacional del Libro que vino a celebrar con nosotros el retorno de la Democracia. Si no fue todo lo amplia que se había proyectado, tuvo la enorme importancia de permitirnos conocer a algunas grandes figuras latinoamericanas como Fernández Retamar y Thiago de Melo, además de acercarnos a la actual literatura nicaragüense. Y tuvimos la feria nuestra, la que no entra en la categoría de los eventos. La Feria Nacional de Libros y Grabados es un modo de ser de Montevideo en el mes de diciembre. Un rito que, repetido, se va volviendo una parte de la historia del país. Nancy Bacelo con su admirable persistencia combativa; con su manera de aproximar los libros, la danza, la artesanía, el teatro, las propuestas teóricas sobre las artes y el canto, para ponerlos al alcance del paseante, gana cada año elogios y simpatía popular. Y está muy bien que

Desde el mismo año de su fundación, Mercedes colaboró en varias oportunidades con *Brecha*, semanario que después de la vuelta a la democracia continuó la línea de *Marcha*, clausurado en 1974 por la dictadura.

Tomado de: *Brecha*. Montevideo, 27 de diciembre de 1985.

sea así, con la condición de que se repare también en la importancia que la Feria de Libros tiene como apoyo económico a la industria editorial uruguaya y como ente testigo de la calidad de los escritores nacionales en la medida en que los premios que anualmente confiere, van dibujando uno de los perfiles de nuestra literatura. La promoción del libro y del escritor es la puesta en movimiento del circuito vivo de la cultura.

Este año, la Feria fue el punto de encuentro de escritores que llegaron del extranjero con otros que salieron del Penal de Libertad. Jorge Musto, Híber Conteris, Mauricio Rosencof junto con muchos artesanos de la Feria que aprendieron sus oficios en las cárceles, fueron la mejor manera de decir que esta fue, después de muchos años, la primera Feria sin presos políticos. La presencia de la editorial Nordam, vieja Comunidad del Sur, que tiene un pie puesto en Estocolmo y otro en Montevideo, es también un testimonio de los nuevos tiempos.

Así como la Feria se repite —¡sea por muchos años!—, hubo un acontecimiento que esperamos no se repita nunca más, no por la manera de su culminación feliz, sino por las razones que le dieron origen. Estamos pensando en la vuelta de El Galpón. Después de un largo exilio latinoamericano, cargado de experiencias enriquecedoras y de pérdidas no resarcibles como la muerte de Mario Galup, volvió a su casa, trayendo *Artigas, General del Pueblo*, pieza polémica desde el punto de vista teatral, incuestionable como trofeo que un grupo de uruguayos arrancó a las horas de reflexión de su larga ausencia.

Los Florencios otra vez fueron ocasión de protestas, cuestionamientos, inteligentes precisiones como las de Cerminara y disparos de francotiradores. Tal parece que las tensiones que el premio genera le hacen bien al movimiento teatral, que cada año goza de mejor salud. Tres obras merecen destacarse por el blanco al que apuntaron; *Salsipuedes* y *Fruitos* como dos formas —de distinto rigor y estilo— de revisar nuestra historia. Y *Cómo vestir a un adolescente*, porque replantea agudamente un tema en el que todos estamos involucrados.

Promesas y realizaciones

En casi un centenar de libros aparecidos es difícil intentar una selección de los mejores. Por eso preferimos referirnos a la significación que tiene la edición que hace Arca de dos tomos de la obra crítica de Ángel Rama. Vaya como compensación por la hasta ahora frustrada Fundación Ángel Rama cuyo nacimiento fue saludado en un bello discurso retórico del Presidente Sanguinetti el día de su ascensión al cargo.

La cultura sigue esperando que el anuncio de la

Fundación haya sido algo más que un modo de hacer ilustre una jornada con destacados visitantes.

Finalmente vamos a referirnos a los aportes que ha hecho el Estado en favor de la cultura.

El Ministerio de Educación y Cultura atendió el frente formal de la cultura propiciando la visita de gentes ilustres como Octavio Paz o los teóricos de las nuevas corrientes críticas literarias; la de la Orquesta del Teatro Colón y algunas otras que se nos escapan. Pero también atendió los frentes más desabastecidos de experiencias culturales como lo son los departamentos del Interior, especialmente los fronterizos con Brasil. Hasta ellos llegó el teatro a través de grupos contratados para representar obras incluidas en los programas de Literatura, conjuntos de danza y música, y se realizó una Feria del Libro en Juan Lacaze. La Intendencia Municipal de Montevideo programó la actividad barrial de cuatro conjuntos armados a manera de módulos que integran teatro, teatro para niños, canto, música, artesanía y títeres. Se realizaron treinta y dos espectáculos en clubes deportivos, salones comunales y plazas. El programa se articula sobre dos principios muy plausibles; el primero es la concepción no paternalista de la cultura, de tal modo que fueron las entidades barriales las que debieron hacerse cargo de la promoción de los espectáculos. El segundo principio fue el sacar la actividad artística del terreno del servicio gratuito. Los conjuntos recibieron su justa paga por los espectáculos y balance por los ensayos.

Este balance no está ni con mucho agotado. Habrá que recorrer con calma y tiempo otros terrenos, por ejemplo el de la Enseñanza Media, para vislumbrar los rumbos que estaremos llevando en materia de cultura en el año 2000.



Los fantasmas de la noche del león Brindis por Pierrot

¿Quién recuerda *Los fantasmas del día del león*, segundo libro de Eduardo Galeano?

Es posible que para la anterior generación haya quedado sepultado bajo el peso de su obra posterior, nada menos que *Las venas abiertas de América Latina*, *La canción de nosotros*, *Días y noches de amor y de guerra*, *Vagamundo*, *La trilogía del fuego*. Es posible también que los que hoy tienen veinte años ignoren la existencia de aquel tomo de Arca que contenía cinco relatos prologados con entusiasmo y rigor crítico por Mario Benedetti. En 1967, nada había ocurrido todavía y, sin embargo, varios sucesos trágicos estaban anunciando la sangre, las torturas, desapariciones y muertes que iban a ser la atmósfera de la dictadura.

En el comienzo de la década del 60 se sucedieron, con escasa separación de tiempo, dos muertes; la del Mincho Martincorena y la de Arbelio Ramírez. El Mincho, un delincuente joven que murió después de una larga persecución policial, rastreado con perros, cuando salía con las manos en alto del rancho en el que se había guarecido cercado por el último operativo de gran despliegue. Arbelio Ramírez, un profesor asesinado por una bala anónima a la salida del Paraninfo, donde había hablado el Che Guevara. Ambas muertes fueron vividas por la población con igual asombro, lindante con el horror: no encajaban en nuestro “estilo de vida”, tan previsible, planificable, aceptable... para la mayoría de los uruguayos.

En 1965 ocurre el episodio del edificio Liberajj, “la batalla de Julio Herrera y Obes”. Tres maleantes argentinos resisten durante diecisiete horas el cerco policial, montado en estilo de película. El morbo

Tomado de: *Brecha*.
Montevideo, 21 de febrero de 1986.